



CADIZ

AQUELLA fué la tarde más deliciosa de todo mi viaje. Poco despues de haberse puesto el barco en movimiento, comenzó á soplar un agradable vientecillo, de esos que, como la blanda manecita de un niño, juegan con la corbata y la cabellera; y de proa á popa estalló un griterío de mujeres y muchachos, como acontece en un grupo de amigos al primer chasquido del látigo que anuncia la partida para una alegre gira campestre. Todos los pasajeros se reunieron á popa bajo un toldo de variadísimos colores como un pabellon chinesco, quien sentado sobre el cordaje de maniobra, quien echado sobre los bancos, quien apoyado sobre la borda, algunos mirando á la Torre del Oro, para gozar del espectáculo famoso y encantador de Sevilla que se aleja y por fin desaparece. Alguna que otra pollita aun tiene bañado el rostro por las lágrimas vertidas en aquel adios; algun que otro muchacho todavía estaba aturdido por el sordo estrépito de la máquina del vapor; varios señores no habian acabado aun de disputar con los mozos que

les maltrataron los baules; pero á los pocos minutos, todos se tranquilizaron, se empezó á mondar naranjas, á encender cigarros, á pasar de mano en mano frascos de licores, á enhebrar conversacion con los desconocidos, á tararear, á reír: al cuarto de hora todos éramos amigos.

El barco resbalaba con la suavidad de una góndola, sobre las tranquilas y limpias aguas que como un espejo reflejaban los blancos vestidos de las señoras, y el aire llegaba embalsamado por un gratisimo olor de azahar que esparcían los huertos de los populosos alrededores de la ciudad. Sevilla se había escondido detrás de su recinto de jardines; y ya no se veía más que un monton inmenso de árboles verdísimos, y sobre él la negra mole de la catedral, y la Giralda de color de rosa, coronada de su estatua, centelleante como lengua de fuego. A medida que nos alejábamos, la catedral aparecía más grande y majestuosa, cual si caminara detrás de la nave y ganase terreno: tan pronto parecia que, siempre persiguiéndonos, se alejaba de la orilla, como que estaba á caballo sobre el río; por un instante semejaba que repentinamente había vuelto á su sitio, un momento despues aparecía tan cercana, que pudiera sospecharse si el barco andaba hácia atrás. El Guadalquivir serpentea presentando su cauce suaves curvas: segun que el vapor se encaminase hácia aquí, ó hácia allá, así Sevilla se ostentaba ó desaparecía. Así se asomaba por una parte, cual si hubiese salido fuera de su asiento, como repentinamente saltaba sobre las arboledas, blanqueando como un cerrillo cubierto de nieve: dejaba ver

aquí y allá, en medio del verde follaje, una blanquísimas faja, y se escondía en seguida, haciendo toda suerte de halagos y coqueterías, como una jovencilla caprichosa. Después desapareció y ya no la vimos más: únicamente se distinguía la catedral. Entonces todos se volvieron para contemplar la orilla. Creíase navegar por el lago de un jardín. Aquí un montecillo cuajado de cipreses, allá un collado cubierto de flores, más allá un pueblecito tendido á lo largo de la orilla; y bajo los emparrados de los jardines y sobre las azoteas de los pueblos, señoras que nos miraban con los anteojos, y por aquí y por allá familias de la gente del pueblo vestidas con ropas de vivísimos colores, y barcas de vela, y muchachos desnudos que se chapuzaban en el agua y daban volteretas y brinco chillando y agitando las manos hácia las señoras del barco, que se tapaban la cara con el abanico. A pocas millas de Sevilla, encontramos tres vapores á muy corta distancia el uno del otro. El primero vino encima tan de improviso en una revuelta del río, que yo, nada experto en aquella manera de navegar, temí por un momento que no fuera posible evitar el choque. Los dos barcos se cruzaron tan de cerca, que casi se tocaron, y los pasajeros del uno y del otro se saludaron y arrojaron cigarros y naranjas, encargándose mutuamente visitas para Cádiz y Sevilla.

Mis compañeros de viaje casi todos eran andaluces, así es que al cabo de una hora de conversacion, conocía desde el primero al último, ni más ni menos que si hubiesen sido amigos míos desde la infancia. Algu-

no que otro le espetaba al que quería y al que no quería saberlo, quién era, cuántos años tenía, en qué se ocupaba, á dónde iba, y algun que otro tambien, cuántas amantes había tenido y cuántas *pesetas* llevaba. A mí me tomaron por un cantante, y no le extrañará al que sepa que el pueblo, en España, cree que las tres cuartas partes de los italianos vivimos cantando, bailando ó recitando. Un señor, viendo que tenía en las manos un libro italiano, me preguntó á boca de jarro:

—¿Dónde ha dejado Vd. la compañía?

—¿Qué compañía?—dije yo.

—¿Pues qué, no cantaba Vd. con la Fricci en el teatro de la Zarzuela?

—Lo siento; pero jamás he puesto los piés en el escenario de un teatro.

—¡Oh! pues preciso es confesar que el segundo tenor y usted se parecen como dos gotas de agua.

—Es preciso confesarlo.

—Perdone Vd.

—No hay de qué.

—¿Pero Vd. es italiano?

—Italiano.

—¿Canta Vd.?

—Mucho lo siento: no canto.

—¡Es raro!—A juzgar por la estructura del cuello y del pecho, cualquiera diría que tenía Vd. una estupenda voz de tenor.

Me toqué el pecho y el cuello y respondí:

—Puede suceder, es cierto, pero no siempre; dos de las condiciones precisas las tengo: soy italiano y

tengo cuello de tenor: la voz es la que no ha llegado aun.

En esto, la primera tiple, que había oído el diálogo, se mezcló en la conversacion, y despues toda la compañía.

—Caballero, ¿es Vd. italiano?

—Para servirla, señora.

—Se lo he preguntado justamente, porque necesito que me haga Vd. un favor.

—¿Qué quieren decir aquellos versos del Trovador:

«Non può nemmeno un Dio
Donna rapirti á me.»

—¿Es Vd. casada, señora?

Todos se echaron á reír.

—Sí, respondió la primera tiple, ¿pero por qué me lo pregunta Vd.?

—Porque... "Non può nemmeno un Dio rapirti á me" quiere decir, lo que su marido dirá, si tiene ojos en la cara, por la mañana al levantarse y al acostarse por la noche: "*Ni Dios mismo podría arrancármela.*" Los demás rieron; pero á la primera tiple le pareció tan extravagante aquella supuesta arrogancia de su marido, de hallarse seguro hasta de Dios (mientras que es posible que ella supiese que no había tenido siempre el suficiente tacto para guardarse de los hombres), que apenas si tributó una sonrisa á mi cumplimiento para dar á entender que lo había comprendido. Y en seguida me preguntó el significado de otros versos, y despues de ella el barítono, y despues del

barítono el tenor, y despues de éste la segunda tiple, y así sucesivamente; durante un largo rato, no hice más que traducir desdichados versos italianos á perversa prosa española, con gran satisfaccion de aquella buena gente, que por la primera vez podía decir que había comprendido un poco de aquello que tantas había cantado, con el aspecto del que lo comprende á maravilla. Cuando cada uno supo lo que descaba, se agió la conversacion: yo me quedé con el barítono, que me tarareó un aire de zarzuela, despues me acerqué á un corista, el cual me dijo que el tenor galanteaba á la primera tiple; luego me llevó aparte el tenor, y me descubrió los amoríos de la mujer del barítono; despues charlé con la primera tiple, que cortó buenos vestidos á la compañía entera; pero todos eran amigos, y al encontrarse en aquel ir y venir sobre cubierta, los hombres se tiraban pellizcos, las mujeres se enviaban besos, los unos y las otras cambiaban miradas y sonrisas de secreta inteligencia: quien solfeaba por aquí, quien canturreaba por allá, quien hacía un trino en un canto, y quien en otro intentaba un *do* de pecho que terminaba en un gallo; y mientras tanto todos discurrían á la vez sobre mil bagatelas. Sonó la campana, por fin, y nos apoderamos de la mesa con el ímpetu de algunos invitados oficiales á una comida de gala en la fiesta inaugural de un monumento.

En aquella comida, en medio de la gritería y los cantos de toda aquella gente, bebí por primera vez una copa llena y pura de aquel formidable vino de Jerez, del cual se cantan las maravillas por los cua-

tro ángulos de la tierra. Apenas le hube tragado, cuando me pareció sentir que una centella corría por todas mis venas, y que mi cabeza se inflamaba como si la tuviera llena de azufre. Bebieron los demás; y á todos les tomó una desenfrenada alegría y una charla irresistible: la primera tiple se puso á hablar en italiano; el tenor en francés, el barítono en portugués, los otros en distintos dialectos españoles; yo en todas las lenguas, y los brindis y cancioncillas, vivas, y ojeadas, y apretones de manos por encima de la mesa, y juegos de piés por debajo, y declaraciones de simpatía que se cruzaban en todos sentidos, como se cruzan en un Parlamento las impertinencias cuando á derecha y á izquierda se tiran de los pelos...

Terminada la comida, todos subimos sobre cubierta, encarnados, erguidos; resoplando, envueltos en una nube del humo de los cigarrillos: y allá, á la luz de la luna,—que plateaba el ancho río, é iluminaba con limpidísima luz, los verdes macizos de la arboleda y las colinas, reanudáronse más clamorosas aun las conversaciones, y despues de las conversaciones, los cantos, no de zarzuela, sino de óperas y en abundancia, duos, tercetos, coros, con acompañamiento de gestos y posturas de escena, intercalados de declamaciones de versos, cuentos, anécdotas de desquiciada risa, de estruendosos aplausos; hasta que sin aliento y agotados, callaron todos: durmiéronse algunos con la cabeza caída hácia atrás, otros fueron á acurrucarse bajo cubierta, la primera tiple se sentó aparte y se puso á mirar la luna. El tenor roncaba;

aproveché tan buena ocasion, para que me repitiese á media voz un aria de la zarzuela *El sargento Federico*. La cortés andaluza no se hizo rogar, cantó, pero al breve tiempo calló é inclinó la cabeza. La miré: estaba llorando. La pregunté qué tenía. Me respondió tristemente:—“Pienso en mi perjuero”.

Despues prorumpió en una carcajada y comenzó á cantar otra vez. Tenía una voz armoniosa y lijera y cantaba con un sentimiento como de amorosa tristeza: el cielo estaba tachonado de estrellas y el barco se deslizaba tan dulcemente sobre el río, que apenas se movía, y yo pensaba en los jardines de Sevilla, en la vecina Africa y en una persona amada que me esperaba en Italia, y se apoderaba de mí un melancólico gozo, y cuando la tiple cesaba de cantar, le decia:

—Cante Vd. más,—y

«No hay lengua mortal que exprese
Lo que yo entonces sentía...»

Al despuntar del alba el barco estaba para entrar en el Océano, el río era inmenso; la ribera derecha apenas si aparecía en lontananza como una lengua de lejana tierra, junto á la cual brillaban las aguas del mar. Algunos instantes despues el sol asomó por el horizonte y el vapor salió del río. Entonces desplegóse á nuestra vista un espectáculo tal, que si pudieran confundirse con un solo arte representativo, la poesía, la música y la pintura, tengo para mí que Dante con sus más grandes imágenes, Tiziano con sus colores más brillantes y Rossini con sus armonías más poderosas, no hubieran logrado, juntos los tres, expresar su magnificencia y encanto. El cielo era una maravi-

lla de color de zafiro sin la ruancha de una nube, y el mar tan hermoso que parecía un tapiz inmenso de raso de la India; y brillaba en las cimas de las leves ondas que levantaba un aura ligerísima, como si todo él estuviese cuajado de preciosas y azules piedrecitas, y formaba espejillos y franjas luminosas, y de lejos enviaba relámpagos de plateada luz, y ostentaba aquí y allá altas y blanquísimas velas, que parecían flotantes alas de gigantescos ángeles caídos. Jamás he visto tanta viveza de colores; tanta pompa de luz, tanta frescura y transparencia, tanta limpidez en el agua y en el cielo. Parecía una de aquellas auroras de la creación que la fantasía de los poetas nos pinta tan pura y brillante, que la nuestra en parangon no es sino pálido reflejo; y era más que el despertar de la naturaleza y el cobrar la vida nuevo vigor; era como una fiesta, un triunfo, un rejuvenecerse lo creado, que sintiese esparcirse en lo infinito un segundo soplo de Dios.

Bajé á la cámara para tomar los anteojos: cuando subí se veía Cádiz. La primera impresion que me produjo fué la de ponerme en duda sobre si era ó no una ciudad; despues me ref, luego me volví hácia mis compañeros de viaje, con el aspecto del que desea que le aseguren que no se ha engañado.

Cádiz parece una isla de yeso. Es una mancha blanca muy grande en medio del mar, sin un matiz oscuro, sin un punto negro, sin una sombra; una mancha blanca tersa y purísima como una colina cubierta de intacta nieve que surge sobre un ciclo de color de agua marina y de turquesa en medio de una vasta llanura inundada. Una larga y sutilísima faja de tier-

ra únela al continente; por todos los demás puntos de su contorno la baña el mar, como un buque listo para darse á la vela y unido á la tierra aun por una amarra tan sólo. A muy poco se distinguieron las siluetas de los campanarios, los perfiles de las casas, las entradas de las calles, y cada cosa parecía más blanca conforme nos acercábamos, y áun cuando miraba con el antejo, no se me presentó ocasion de notar en aquella blancura el más pequeño lunar, ni áun sobre los edificios, ni tampoco alrededor del puerto, ni en los barrios extremos. Llegamos al puerto, en el que había pocos barcos fondeados y éstos á gran distancia uno de otro; salté en un bote sin llevar siquiera la maleta, porque por la tarde debía continuar mi viaje á Málaga, y tan vivo era el deseo que tenía de ver la ciudad que cuando el bote atracó al muelle, dí fuera de tiempo el salto y caí al suelo, tan como *cuerpo muerto*, que siento todavía ¡ay de mí! los dolores de un cuerpo vivo.

Cádiz es la ciudad más blanca del mundo; y no sería de provecho oponerme el que yo no he visto todas las ciudades, porque tengo para mí y por buena la razon de que una ciudad más blanca que una que es superlativa y completamente blanca no puede ser. Córdoba y Sevilla no tienen comparacion con Cádiz; aquéllas son blancas como el papel, Cádiz como la leche. Para darse una idea de él, no hay medio mejor que escribir mil veces seguida la palabra "blanca" con lápiz blanco sobre papel azul y anotar en el márgen:—"Impresiones de Cádiz."

Cádiz es uno de los más extravagantes y graciosos

caprichos humanos. No son blancas solamente las fachadas de las casas, blancas son tambien las escaleras, blancos los zaguanes y las paredes de las tiendas y los bancos y las pilastras, y los rincones más escondidos y oscuros de las casas más pobres, de las calles más apartadas; todo blanco en los almacenes; por donde quiera que pueda penetrar la punta de un pincel, hasta los agujeros, las grietas y los nidos de los pájaros. En cada casa hay un depósito de cal y de yeso, y cada vez que la escrudiñadora mirada del inquilino descubre una manchita, se empuña la brocha y se tapa. No son admitidos los criados en las casas si no saben blanquear. Un garrapato hecho con carbon en la pared es un escándalo, un atentado contra el orden público, un acto de vandalismo. Se puede andar toda la ciudad, mirar detrás de todas las puertas, meter la nariz en todos los escondrijos; no se halla sino blanco, siempre blanco, eternamente blanco.

Con todo esto, Cádiz ni aún de lejos se parece á las demás ciudades andaluzas. Sus calles son largas y rectas, las casas altas y sin los *patios* de Córdoba y Sevilla. Pero por esta razon el aspecto de la ciudad no ofrece nada nuevo y agradable á los ojos del extranjero. Las calles son rectas, pero estrechas, y como son tambien larguísimas, tanto, que algunas atraviesan toda la ciudad, se ve hácia el fondo de ellas, como por el ventanillo de una puerta, una sutflisima franja de cielo, que casi hace creer que ha sido construido sobre la cima de una elevada montaña cortada á pico por todos lados. Además, las casas tienen muchos balcones y cada uno de ellos, como

en Búrgos, tiene mirador que se une con el de al lado y con el de los pisos inferior y superior, así es que en muchas calles las fachadas están cubiertas de cristales y apénas si puede verse del macizo un pequenísimos trozo, haciendo el efecto de atravesar un corredor de algun inmenso museo. Aquí y allá, entre una y otra casa, sobresalen las elegantes ramas de una palmera; en todas las plazas se ven suntuosos y abundantes montoncillos de verde; en todos los balcones y ventanas, mazos de yerba y ramilletes de flores.

Cierto es que estaba bien léjos de imaginar que fuese tan alegre y risueña esta terrible y desventurada Cádiz, atravesada por los ingleses en el siglo xvi, bombardeada á fines del xviii, diezmada por la peste, y despues triste albergadora de la flota de Trafalgar, silla de la junta revolucionaria durante la guerra de la Independencia, teatro de horrendos extragos en la revolucion de 1820, blanco de las bombas francesas en 1823 y porta-estandarte de la revolucion que lanzó del trono á los Borbones; siempre inquieta y turbulenta y la primera entre todas para lanzar el grito de guerra. De tantas vicisitudes y luchas no quedan más que balas de cañon clavadas en las murallas, puesto que sobre los demás rastros de destruccion ha pasado la inexorable brocha que cubre con blanco velo cada vergüenza. Y como de las novísimas guerras, así tampoco queda rastro alguno de los fenicios que la fundaron, ni de los cartagineses y romanos que la ensancharon y embellecieron; á no ser que se quisiese considerar como rastro la tradicion que dice:— Aquí se alzaba un templo á Hércules; allá otro á

Saturno. Pero el tiempo ha hecho algo peor que arrebatar á Cádiz los antiguos monumentos: le quitó el comercio y la riqueza al perder España sus posesiones en América, y ahora Cádiz yace inerte sobre un escollo solitario, esperando en vano á las mil naves que un día arribaban empavesadas y con regocijo inmenso para entregarle los tributos del Nuevo Mundo. Tenía una carta de recomendacion para nuestro cónsul, fuí á entregársela, y él mismo me condujo á lo más alto de una torre desde donde podía abrazar con una mirada toda la ciudad. Fué una nueva y más viva maravilla. Cádiz, vista desde lo alto es blanca, blanca toda, y tan purísimamente blanca como vista desde el mar; en toda la ciudad no hay un tejado; todas las casas están coronadas de una azotea, rodeada ésta por antepecho blanqueado: en casi todas las azoteas álzase una torrecita, blanca tambien y sobre ella otra azotea, ó una cupulilla ó bien una especie de garita de centinela; todas blancas. Y todas estas cupulillas, estos picos, estas almenas que dan á la ciudad un variadísimo y gracioso aspecto, resaltan y parecen más blancas aún sobre el vivo azul del mar. La vista recorre todo el istmo que une á Cádiz con el continente, abarca una larguísima línea de lejana costa sobre la cual blanquean las ciudades de Puerto-Real y Puerto de Santa María, y aldeas, iglesias y pueblecitos, y se esparce en el puerto y el Océano y en el bellísimo cielo que compite con el mar en luz y limpidez. No me saciaba de mirar aquella extraña ciudad. Entornando los ojos parecía como cubierta por una inmensa sábana. Las casas parecían construidas á

modo de observatorio astronómico. Toda la poblacion, caso de que el mar inundase la ciudad, como en antiguos tiempos, se podría guarecer en las azoteas, y estar, salvo el natural espanto, con toda comodidad. Me refirieron que no ha muchos años, con ocasion de no sé qué eclipse, en pleno día se presenció este espectáculo. Los setenta mil habitantes de Cádiz subieron á las azoteas para observar el fenómeno. La blanca ciudad, se había vuelto de mil colores; cada azotea un hervidero de cabezas; de una ojeada podía verse, barrio por barrio, á toda la poblacion; un sordo y confuso murmullo se elevaba al cielo como el mugido del mar, y un movimiento inmenso de brazos, de abanicos, y de anteojos dirigidos hácia arriba pudiera hacer creer que se esperaba la caída de algun ángel desde la esfera del sol.

En el instante marcado hubo un silencio profundo; apenas terminó el fenómeno, toda la poblacion lanzó un grito que semejó el estallido del trueno, y pocos momentos despues, la ciudad apareció blanca de nuevo. Bajé de la torre, visité la catedral, vasto edificio de mármol del siglo xvi, que no tiene comparacion con las catedrales de Búrgos y Toledo, pero sí de una arquitectura noble, atrevida y rica, como todas las iglesias españolas, con toda clase de tesoros. Fuí á ver el convento en que Murillo pintando un cuadro en lo alto del altar mayor cayó del andamio y se hizo la herida que fué causa de su muerte. Hice una excursion al Museo de pintura que guarda algunos bellísimos cuadros de Zurbaran. Entré en la Plaza de toros, toda de madera, y que fué construida en pocos días,

para dar fiestas en honor de la Reina Isabel. Y hácia la tarde fuí á dar unas cuantas vueltas por un delicioso paseo á lo largo de la orilla del mar, en medio de naranjos y palmeras, donde me fueron indicadas una á una las más bellas y elegantes gaditanas. A mí cualquiera que sea el parecer de los españoles, el tipo femenino de Cádiz no me parece inferior á aquel tan celebrado de Sevilla. Las mujeres son un poco más altas, algo más gruescitas y tienen un color moreno más marcado. Algun fino observador estima poder asegurar que conserva algo del tipo griego: no lo sé. Yo no ví, salvo la estatura, sino el tipo andaluz; y fué muy bastante para obligarme á lanzar suspiros tales que pudieran hacer navegar en popa á una lancha, y precisarme á volver cuanto antes á mi barca como á un lugar de paz y refugio. Cuando me hallé á bordo, era de noche: el cielo todo centelleaba de estrellas, y el aire llevaba en algunas intermitencias la música de la banda que tocaba en el paseo de Cádiz.

Los cantantes dormían, me hallaba solo; la vista de las luces de la ciudad, la música y el recuerdo de los hermosos rostros gaditanos me produjeron melancolía; no sabía qué hacerme: bajé á la cámara, cogí mi cuaderno y comencé la descripción de Cádiz. Pero no conseguí sino escribir diez ó doce veces las palabras blanco, azul, nieve, esplendor, colores: despues hice el esbozo de una figura de mujer, y despues cerré los ojos y soñé con Italia.



MALAGA



1. día siguiente al declinar el sol, el buque atravesaba el estrecho de Gibraltar. Ahora, mirando aquel punto en el mapa, me parece tan cercano á mi casa, que no debería titubear un momento si me diese el capricho, y no se opusiese el ajuste de mis cuentas domésticas, de hacer la maleta y correr á Génova para ir á gozar la bellísima vista que ofrecen los dos continentes. Pero entonces creíame tan lejano, que habiendo escrito una carta á mi madre, sobre la borda del buque, con intención de dársela á alguno de los pasajeros que se quedaban en Gibraltar para que la echase al correo, en el acto de poner el sobrescrito, me refié de mi buena fé, como si fuese cuasi imposible que la tal carta llegase á Turin. ¡Desde aquí!—pensaba;— ¡desde las columnas de Hércules! Y decía columnas de Hércules como hubiera dicho Cabo de Buena Esperanza ó el Japon.

”...Estoy á bordo del *Guadaira*, dejo atrás el Océano, á mi frente está el Mediterráneo, á la izquierda Europa á la derecha, el Africa. Veo desde aquí el